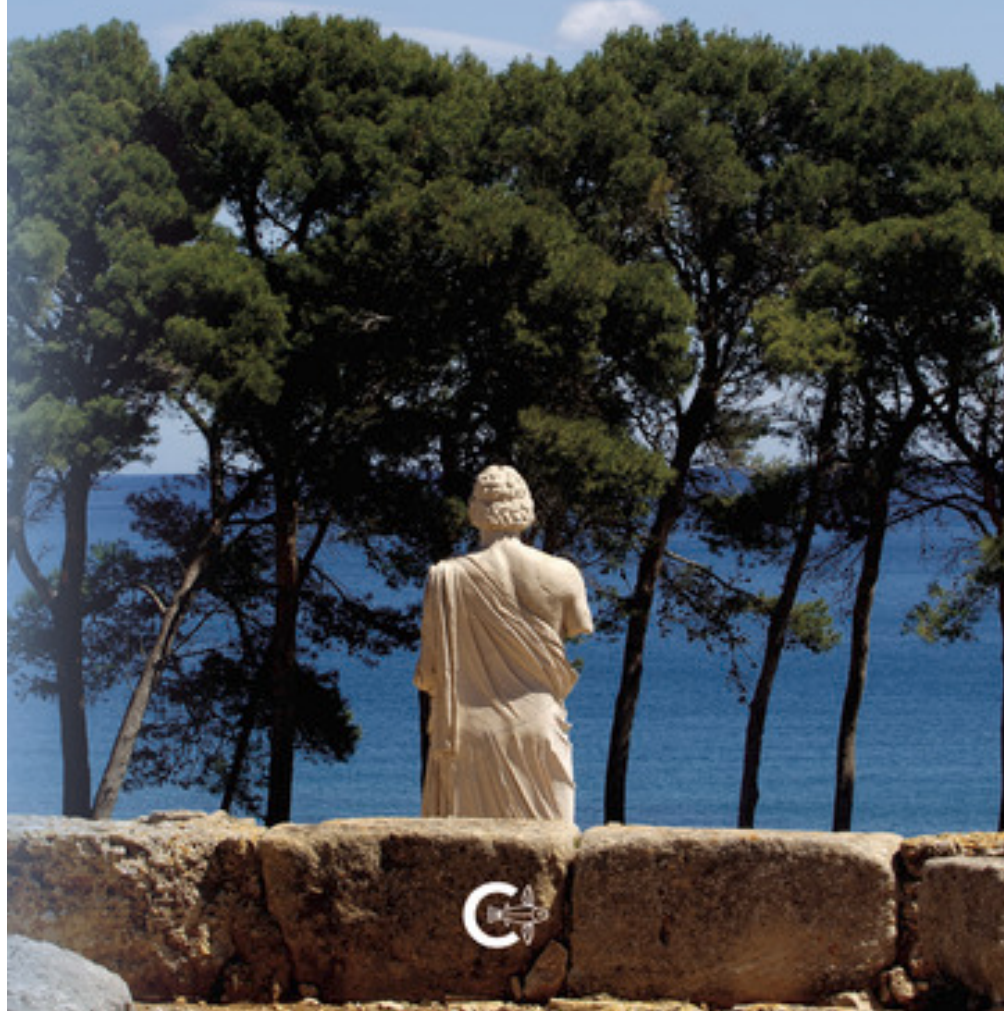


JOSÉ FELIPE DOLZ

CONTRARIEDADES
DE
Justina Covadonga



Prólogo

Indagar transiciones es un ejercicio interesante que obliga a mirar tanto hacia el pasado como hacia el futuro para entender lo que pasa en el momento. En esta obra los protagonistas se encuentran en esa etapa de la vida en la que tienen que enfrentarse, según las normas tradicionales, al cambio que ha de abrir un hueco a los que vienen detrás, a la renovación. Han llegado a ese punto en su trayectoria vital en que lo que fue tiene ya más recorrido que lo que será. Hoy en día, en nuestra sociedad, llegan a ser más los que saludan al sol en su oriente que en su ocaso y, aun así, muchos hemos sentido, en alguna ocasión, que los atardeceres ofrecen las más bellas imágenes. El autor ha querido iluminar el crepúsculo de sus personajes con esa misma impresión agradable y hacer de su horizonte una mirada expansiva en el tiempo.

La Antigüedad clásica recuerda, a veces, a esos pueblos dormidos, áridos y medio abandonados de la meseta que despiertan nuestra curiosidad solo cuando se pasa el suficiente tiempo en ellos. Se empieza entonces a comprenderlos, a apreciar su longevidad y se llega incluso a descubrir ese encanto que pasa desapercibido a la mirada rápida.

Los primeros viajes al mundo clásico en la memoria del autor fueron un trámite fugaz, y no parece que dejaran una impronta duradera. Fuera de gestas resonadas y alguna fábula, uno ya no recuerda lo que aprendió durante los años escolares sobre esa época de la España que transitaba hacia la romanización: de los iberos y otros pueblos indígenas que habitaban la península, de los cartagineses, de los primeros romanos.

Lo poco que quedó retenido por el autor se asocia a grandes guerreros, hábiles estrategas, resistencias abnegadas y apenas nada más. Después, algo de literatura, de poemas que llamaban excelso y, sin embargo, no calaban ni movían a sentimiento alguno a esa edad temprana. Su desmemoria le ha hecho olvidar el contexto amable o la anécdota que encandilara y ayudara a fijar el recuerdo. Aunque algo debió de quedar porque con el paso del tiempo, las circunstancias y el divagar de la mente inquieta le han incitado a volver a ese mundo antiguo, a escudriñar méritos y virtudes que se le escaparon entonces.

Transcurridos más de dos milenios, algunos de los protagonistas de la historia de esa época perviven con vigor sorprendente convertidos en mitos o leyendas. Su legado nos ha llegado a través del testimonio histórico y, con igual fuerza, mediante las interpretaciones de dramaturgos, poetas, cineastas, músicos y artistas que quedaron fascinados por alguno de sus personajes. Cabe también resaltar, por curiosa, la versatilidad de estas figuras tan carismáticas que sirven, o al menos se han usado, para proyectar cualquier interés que uno pueda imaginar.

Una serie de coincidencias fortuitas nada más entrar el verano trajeron a la mente del autor una fecha, el doce de julio, y una edad, cincuenta y seis años, ambas relacionadas con el legendario Julio César, que nació en ese día y murió a esa edad, y parecían insistir en lo oportuno de volver la mirada a esos tiempos lejanos.

La primera vez que el escritor oyó hablar de los llamados problemas inversos en su formulación actual fue tras la muerte, a los

pocos meses de cumplir los cien años, de un gran filósofo contemporáneo. Al parecer, este sabio anciano dedicó los últimos años de su vida a este interesante y desatendido problema. Puestos aparte sus planteamientos matemáticos, sus proposiciones ofrecían una sugestiva línea de pensamiento para afrontar las preguntas que surgen al mirar hacia el pasado, histórico o ficticio.

Quedaban así servidos los ingredientes de los que nacería esta novela.

Y, en el acto, se planteó una compleja cuestión que resolver: ¿cómo articular elementos tan dispares cuya única conexión fue el casual transitar fugaz por la mente del autor? Una pregunta sin respuesta inmediata alrededor de la cual vertebrarán los protagonistas su historia. En ese proceso repasarán sus vivencias, se replantearán algunas de sus convicciones, así como el significado que quieren dar a su amistad y, por azar o destino, recurrirán a Julio César y al clasicismo de la época.

La figura de Julio César, tan distorsionada en el imaginario colectivo, servirá a los personajes de este libro como referente de futuro y no de pasado. En una vuelta de tornas que quizá no sea tal, sino un problema mal planteado que enderezar, como nos avisaba el viejo filósofo, los protagonistas intentarán hallar los vestigios artísticos del paso del general romano por Hispania, pero para ello, de forma algo incongruente, rastrearán las huellas de su propia vida y convertirán al dictador en una especie de fuente oracular, un pozo del porvenir al que se asoman y en cuyas aguas se reflejan ellos mismos.

Se crean así imágenes especulares y se confunden los elementos del ayer con el presente, ingredientes que mezclarán a su antojo en un juego en el que no tienen reparos en distorsionar a los clásicos, quizá arruinarlos, más que por entretenimiento, porque lo que dicen esas voces antiguas se les hace muy real y actual a poco que lo toquen. Un gran mérito del original y un atractivo demasiado interesante para dejarlo pasar por alto.

Atreverse a esta labor sin el conocimiento de las ciencias necesarias y de los idiomas que tanto ayudarían con las fuentes originales es una gran limitación. No obstante, queda uno impresionado con la ingente cantidad de versiones y traducciones de textos antiguos, clásicos, en apariencia sencillos que, si bien no dicen cosas por completo distintas, sí dejan interpretaciones muy abiertas y emociones muy diferentes en quien lo lee.

Esto, que debería desanimar y hacer desistir en el empeño da, en cambio, una gran libertad de acción. Son las alas que necesita el escritor irresponsable para sus interesadas desfiguraciones, pues piensa que, al fin y al cabo, esta novela es obra de ficción. Dado que su posible profanación no tiene mayor pretensión que apuntalar el armazón del libro con los fustes de esa excelencia que ha trascendido siglos, no cree el autor que al hacerlo dañe de forma irreversible el original ni socave su probado valor.

No obstante, vale la pena mencionar un hecho curioso sin menosprecio ni detrimento de los grandes poetas y especialistas que han puesto su esfuerzo en volcar sus versiones para nuestro deleite. Algunas de las traducciones generadas por los algoritmos de la inteligencia artificial proporcionaron ideas muy sugerentes que abrieron inesperados caminos para la obra. ¡Quién lo iba a decir! Sin entrar en grandes disquisiciones, le hace a uno pensar en esos problemas de traducción que ciertos filósofos querían resolver buscando la esencia, el modelo ideal de las lenguas, el llamado «verdadero lenguaje de Dios» y, claro, no lo encontraban porque tal vez esté más cerca de soluciones aleatorias que de los patrones fijos que ellos perseguían. Por si acaso, el escritor pide las correspondientes disculpas a traductores, bardos y rimadores herederos de esa tradición clásica que él desconoce.

Con una intuición que ha de admirar a los filósofos de los problemas inversos, nos recordaba Plutarco en su vida de Sertorio que no es maravilla que los acontecimientos vuelvan a repetirse

muchas veces con las mismas circunstancias. Que es necesario también que muchas veces los mismos efectos sean producidos por las mismas causas.

Al empezar a escribir esta obra el autor tenía, como de costumbre, tan solo una idea general de la trama y de los personajes, sobre todo de la protagonista que le da título, Justina Covadonga, cuya vitalidad y actitud anticipaba acorde con los tiempos actuales y cuya pasión no sería clásica, sino de un poeta moderno. Pensaba que el endeble entramado se poblaría y enriquecería a medida que avanzase la labor y esperaba que sus vueltas y vericuetos llegarían a sorprenderle incluso a él.

Sin ser de pluma ágil ni de escritura desenvuelta y fácil tenía, además, la peregrina idea de apartarse del influjo de sus escritos recientes. Sin embargo, a medida que progresaba en su escritura, cuanto más trataba de huir de obras anteriores y dar renovada fuerza y carácter a este libro, mayor era la resistencia que notaba en su mano y, en sus páginas, el rasgo anecdótico y secundario se imponía, a veces, a lo principal o el errante transitar de sus protagonistas dejaba interesadas lagunas. Recursos o limitaciones que arriesgan el ritmo y el vigor del conjunto. Tal vez sea ese el carácter de la obra, que más semeja una de esas historias que hilan los viejos donde, por falta de soltura o de memoria, el fluir es cambiante como las aguas de un río, a trechos alegre y cantarín, a trechos remansado y lánguido. Ante la imposibilidad de conseguir su propósito inicial de desprenderse del bagaje de sus trabajos previos, el autor no puede más que darle la razón al griego de las *Vidas paralelas* de que si la causa es la misma tampoco ha de sorprender el resultado.

El autor

«¡Oh, dioses! ¡De qué modo culpan los mortales a los números! Dicen que las cosas malas les vienen de nosotros, y son ellos quienes se atraen con sus locuras infortunios no decretados por el destino».

HOMERO, ODISEA

«¡No he guardado la fidelidad prometida a las cenizas de Siqueo!».

VIRGILIO, ENEIDA

«El viajero armado de estériles resistencias, detenido entre sombras que crecen y alas que tiemblan».

PABLO NERUDA, RESIDENCIA EN LA TIERRA

- I -

El día que a Justina Covadonga le dijeron en el trabajo que corrían tiempos difíciles supo que las malas noticias no tardarían en llegar. Sin embargo, no sintió ansiedad alguna y continuó con sus ocupaciones con normalidad, sin alterar sus bien establecidas rutinas.

Al terminar la jornada, fue hacia su casa por las mismas calles de siempre, una costumbre que le permitía desconectar del trabajo, centrarse en el resto de tareas cotidianas y atender los recados necesarios. Pasaba por delante de los escaparates de los comercios sin hacerles apenas caso, de tan conocidos. Cuando entraba en las tiendas a comprar, lo hacía a tiro hecho, sin demoras ni más distracciones que coger lo que necesitaba, pagarlo y volver a salir a la agradable avenida arbolada camino de su apartamento.

En el aire se respiraba ya olor a otoño. La gente aprovechaba el buen tiempo y paseaba sin prisas por el bulevar, a la sombra de los frondosos plátanos que empezaban a amarillear. Los chiquillos correteaban revoltosos bajo la vigilante mirada de sus padres o abuelos como si presintieran el final de sus largas tardes de juegos al aire libre.

Justina Covadonga Gaya no prestó atención a ninguna de estas señales de la naturaleza y de su entorno, hasta que vio caer

una hoja dorada mecida por la brisa justo delante de ella. No se detuvo en melancólicas contemplaciones ni ensoñaciones propias de la nostálgica estación, pero, por primera vez en muchos años, el fortuito vaivén de la marchita hoja ante sus ojos quedó registrado en su memoria.

Todavía le quedaba un último asunto por resolver en esta jornada que se le empezaba a hacer interminable. Un compromiso delicado e inesperado que acaparaba toda su atención.

Al llegar a casa dejó las compras sobre la mesa de la cocina y fue a su cuarto a cambiarse de ropa. Tenía ya preparadas una blusa blanca, un pantalón gris marengo y una chaquetilla jaspeada a juego. Se vistió sin prisas y se retocó un poco el maquillaje y los labios frente al espejo. Una vez arreglada se echó un fular de seda al cuello, cogió el bolso y volvió a salir a la calle.

Llamó un taxi. Dio la dirección de la galería de arte de Marcos Licinio, al final de una gran avenida de un barrio vecino. Un trayecto no demasiado largo, pero que representaba para ella el ayer, un mundo aparte ya casi olvidado, apenas sin conexión con el suyo actual. Los quehaceres y apremios de los últimos días en el trabajo apenas le habían dejado un respiro y solo ahora, acomodada en el asiento del vehículo, volvían como una oleada todas las emociones relegadas y se daba cuenta de la tensión que había acumulado desde la llamada del galerista. Una especie de agobio callado que notaba, sobre todo, en la rigidez que sentía en los hombros y en el cuello.

La perplejidad que sintió esa noche al colgar el teléfono a Marcos persistía. Seguía sin saber bien qué pensar de la imprevista solicitud de su viejo amigo, pasado tanto tiempo sin contacto alguno. «Una sorpresa. Una invitación que no me puedes negar», le dijo. Y a pesar de todas las razones que podía esgrimir para rechazar la impetuosa petición ella le contestó que de acuerdo, que iría.

A través de la ventanilla veía pasar ahora el familiar paisaje de bloques de viviendas escalonadas con sus comercios en los bajos y le avivó el recuerdo.

Hacía ya muchos años este antiguo compañero había abierto la hoy en día renombrada galería Kaisu-Teknon en lo que entonces era un páramo cultural. Fue un rapto de inspiración del que ella no fue ajena, sino más bien musa. Una arriesgada apuesta por el futuro del barrio que chocó con la incredulidad de muchos. Un invite para cambiar dinámicas, crear un lugar de encuentro, un espacio asequible al vecindario y a los artistas noveles. Un sitio donde se pudiera acercar al público tanto lo más nuevo y rompedor en el mundo del arte como, con algo de suerte, parte de la creación más consolidada de artistas señeros. Incluso pensaba mostrar obras que no suelen ver la luz en manos de amigos y coleccionistas conocidos suyos.

La galería nació con vocación localista, de servicio a la comunidad. Con el transcurrir del tiempo, y gracias al éxito de alguna de sus exposiciones, alcanzó cierto reconocimiento. Mucho después, a través de las ferias del sector logró proyección nacional y, en los últimos años, una incipiente consideración internacional. Aunque el establecimiento mantenía un pequeño fondo en propiedad, su modelo de negocio era el tradicional, basado en la exhibición y comercialización de la obra. Exponían tanto pinturas, esculturas, fotografías como obras de difícil catalogación. En alguna ocasión, sus diáfanos salas habían sido escenario también de interesantes *performances* y *happenings*. Ahora, ya nadie cuestionaba que había sido un lugar clave en la revitalización y posterior transformación cultural del barrio.

La indicación del taxista de que habían llegado y el sonido de la bajada de la bandera la hicieron reaccionar y abandonar estas reminiscencias.

Justina Covadonga bajó del taxi un poco inquieta por la expectación de no saber con qué se encontraría. Se estiró la chaqueta e hizo un pequeño movimiento circular con la cabeza para relajar la tirantez del cuello. Cruzó al otro lado del bulevar y se acercó hasta la galería. Por el escaparate y la acristalada entrada se veía a varias personas en el interior. Imaginó que eran conocidos de Marcos que habían llegado pronto a la recepción que, le dijo, se ofrecía esa noche. Aprovechó el reflejo de su imagen en el cristal para colocarse tras la oreja un mechón rebelde de su arreglada melena y, tras cobrar ánimo, entró decidida a este entrañable lugar de su pasado.

Se dirigió con su habitual aplomo hacia el despacho del dueño de la galería, que suponía estaría todavía en el mismo lugar de antes. No se fijó demasiado en las obras expuestas, sino que miraba con discreción a los individuos que deambulaban por la sala y no reconocía. Había gente del servicio de restauración que preparaban el ágape, así como algún operario que ayudaba con la puesta a punto de la velada, pero la mayoría era, en efecto, público que había acudido temprano. «¿Por qué iba a reconocer a nadie si he estado apartada de este lugar casi treinta años?», se dijo.

En la oficina no encontró a su amigo Marcos y volvió sobre sus pasos a la sala principal.

«Corren tiempos difíciles», oyó comentar a uno de los operarios y esta vez, de manera inesperada, las palabras anidaron en su cerebro junto a sus más lóbregos augurios y fueron la gota que desbordó toda la tensión acumulada. Sintió que se le encogía el corazón hasta convertirse en un coágulo que se desplazó, furioso, hasta su cabeza para golpearle las paredes del cráneo como un badajo. Este atronador repicar se reflejó en su cara en forma de sutiles contracturas de dolor que no podía disimular. Se sintió desorientada, con vértigo, a punto de desvanecer.

—Siempre tan elegante y guapa —dijo Marcos desde una sala contigua mientras se le acercaba—. No sé cómo lo haces, querida, pero cada día estás más joven. —Le dio dos sonoros besos en las mejillas y solo entonces apreció los indicios de sufrimiento en su rostro—. No te habré sorprendido en mal momento, ¿verdad?

—No te apures, es la jaqueca o la migraña o lo que sea que me ha sacudido de repente. —Justina Covadonga hizo un esfuerzo de cortesía y de sus labios contraídos sacó un apunte de sonrisa.

Rebuscó en su bolso un frasco de medicinas del que sacó dos pastillas.

—¿Te importaría traerme un vaso de agua?

—No, en absoluto. ¿Pero seguro que estás bien?

—No es nada. No te preocupes.

Marcos la hizo sentar en su oficina mientras fue a por el agua. Tras ofrecerle un vaso, la acompañó a un diván de un cuarto al otro lado de su despacho, más alejado del bullicio del resto de la galería, donde podría descansar. Bajó la intensidad de la luz y la habitación quedó en penumbra. El galerista quiso quedarse allí para hacerle compañía y ayudarle en lo que fuera necesario, pero ella se negó. «Estoy bien —insistía—, tan solo necesito un momento de sosiego». A regañadientes, acabó por dejarla a solas para que se repusiera.

«Hacía tiempo que no me venían estos dolores de cabeza —pensó Justina Covadonga reclinada con los ojos cerrados en esa especie de triclinio que, en su desmayo, no acertó a catalogar si era antigüedad o reinterpretación moderna de algún artista de vanguardia—. Sí, desde que me vinieron los sofocos y calores propios de la edad, que para mí no fueron tan horribles como yo esperaba, no había vuelto a tener jaquecas como antes... hasta ahora. Aunque tal vez no tenga nada que ver y es que hoy, entre unas cosas y otras, ya llevaba demasiado trajín. Porque no quiero ni pensar lo que ahora me viene a la cabeza. Así que más vale no

pensarlo. ¡Déjalo estar!, te ahorrarás muchos sinsabores. Porque una vez pensado o dicho no hay vuelta atrás, el pensamiento o las palabras toman vida propia y te someten a sus caprichos, que casi nunca coinciden con tus deseos. Pero tienes que ser franca con él desde el principio y así evitar cualquier malentendido. Ahora, de momento, lo que necesitas es sobreponerte a esta pasajera molestia. Venga, ánimo».

Los fármacos empezaron a hacer su efecto y la relajaron al punto de hacerla dar una cabezada breve y reparadora.

Cuando Marcos volvió a ver cómo se encontraba la halló des-pabilada, justo cuando acababa de calzarse los cómodos zapatos de piel, sin tacón, que se había quitado por comodidad.

—Disculpa el sofocón, Marcos. —Y solo en ese momento se fijó en lo transformado que lo encontraba—. Con todo el jaleo que tienes, atenderme es lo último que te faltaba. No sé qué me ha dado, pero ya se me ha pasado.

—Calla, calla. No hay necesidad ninguna. Además, no me has dado oportunidad de hacer nada útil. No me has dejado ni cuidarte un poco siquiera. ¡Después de tanto tiempo!

—Por eso mismo. Después de tanto tiempo no veo ya la necesidad. —Su mirada quedó colgada en los ojos color avellana del galerista.

Sintió renacer el aturdidor resonar del pulso en sus sienas. Repicaba en su pensamiento la exigencia inmediata de adelantarse a los acontecimientos, de aclarar las cosas con su amigo desde el principio. Se abrieron los pozos de sus pupilas como si quisieran dar salida al dolor y por los oscuros túneles de sus ojos febriles escapó el fuego de su tormento interior y, en su fuga, arrastró, indómito, inesperadas palabras a su boca.

—Aquella época de tan desatada intensidad ya ha pasado, Marcos. Ahora no me avergüenza decir que esa fuerza para mí insondable que nos atraía en nuestra juventud, esa inquietante

tensión que sentía al saberte cerca, esa rebeldía que sin yo desearlo me hacía distanciarme de ti, no sé si para mortificarme o mortificarte, esa pasión que me desveló tantas noches, ese sueño nunca del todo realizado es, todavía, la más sentida y profunda emoción de mi vida y se convirtió, para dicha o desgracia, en mi ideal del amor, ese referente con el que desde entonces he medido todas mis relaciones, el rasero de mis anhelos. Origen de grandes desencuentros y manantial de mis aspiraciones, algo a lo que aferrarme a pesar de las decepciones.

»Me has llamado y he acudido, aunque dudé al hacerlo, porque no quería ni quiero volver al pasado, y menos aún estropear ese recuerdo para mí inestimable. Pero me convenció algo que empiezo a apreciar de una forma distinta, un sentimiento que no sabría definir bien todavía, que quiere salir y no sabe cómo, que lanza fugaces destellos que exaltan e iluminan mi mente por un momento hasta caer de nuevo en la oscuridad, desaparecido su brillo, sin haberlo comprendido del todo. Una sensación que me habla de la lealtad a la amistad y se me insinúa inspiradora. Esta fidelidad no sería una nueva fantasía para reemplazar un ideal perdido. No, no me engaño, porque la entiendo como confianza en mí misma ahora que, con los años, he conseguido despojarme de tantas cargas y culpas y entreveo en la lealtad a los amigos algo tan grande como el amor, con las mismas posibilidades de ilusión y acción desinteresada, pero sin ese componente de arrebatada exclusividad tan efímero con el que, ya sabes, yo nunca llegué a comulgar. Quizás gracias a ti.

»No sé porque te digo todo esto de repente, Marcos. Pero tú me entiendes, tú sabes lo que quiero decir, ¿verdad?

Marcos asentía con la cabeza. No parecía asombrado en absoluto por lo que Justina Covadonga le decía, porque volcase su alma de esta forma y con urgencia como nunca antes lo había hecho. Sentía su dolor como propio y no hizo más que aumentar su admiración y cariño por esta increíble mujer de su vida.

—Claro que te entiendo, querida. No quiero que pienses que te adulo con lo que voy a decirte, pero si te he llamado después de tanto tiempo ha sido por ese mismo motivo. Me encanta la nostalgia para cuando seamos mayores —le cogió la mano y la ayudó a levantarse—, de momento aún tenemos mucho que hacer juntos para luego poderlo recordar. No, no te preocupes, esto de la franqueza a bocajarro es uno de nuestros privilegios a estas alturas. Sé que no te ofendo si te digo que aquellas antiguas angustias y deleitoso sufrir mis fragilidades de lirio ahí quedaron y hace ya mucho que mi cuerpo soñó otros mares igual de turbulentos. Por eso, querida, te agradezco que hayas venido. ¿Puedes creer que hoy hace treinta años que abrimos la galería? Eso celebramos y no te lo podías perder. Bueno, yo no me lo podía ni imaginar sin ti.

—Pues te has arriesgado mucho. Llámame así tan de repente y sin darme explicaciones.

Empezó a acudir el público en gran número y se oían voces que llamaban a Marcos. Tuvieron que interrumpir su conversación para atender a los invitados a la recepción.

—Me gustaría hablarte un poco más, pero tal vez hoy no sea el día adecuado. No te imaginas lo que agradezco que hayas venido y no sabes cuánto siento que haya podido contribuir a tu malestar. Yo también sé lo espantosas que son estas jaquecas. ¿Quieres descansar un poco más, que te llame un taxi, que te acerque a casa?

—No, no hace falta. Estoy bastante mejor. —Su aspecto así parecía confirmarlo.

—Pues si te ves con fuerzas y quieres, acompáñame.

El dueño de la galería recorrió con Justina Covadonga las distintas salas. Con educación exquisita le presentaba a este o aquel prometedor artista, al mecenas visionario que ayudó a montar tal y cual exposición, al periodista comprometido con el barrio que siempre conseguía colar una pequeña reseña en el periódico, al

político de turno que no podía perder la ocasión de la fotografía, a vecinos y conocidos que simplemente pasaban para saludar, dar la enhorabuena y ofrecer una palabra de ánimo de cara al futuro.

En el apogeo de la recepción, Marcos Licinio dio un pequeño discurso acompañado de un brindis de gratitud por la cálida acogida y apoyo a este experimento cultural que en su día, y hasta fecha de hoy, les habían procurado las buenas gentes del barrio y algunas organizaciones e instituciones valientes. Mencionó nombres, repasó la historia de la galería, de las corrientes estéticas, de la transformación social vivida y adelantó algunos planes de futuro. Llevado de la euforia del momento señaló al final de sus palabras el papel inspirador de su antigua compañera de proyecto, presente en la sala —dijo sin nombrarla, pero con la mirada puesta en ella—, y dejó traslucir la esperanza de su renovado estímulo y consejo para la nueva etapa en la evolución de la galería.

La velada se prolongó hasta bien entrada la noche, pero no para Justina Covadonga. Azuzada por el sordo crepitar de la neuralgia que ni el alcohol acallaba, aprovechó mientras servían una nueva ronda de canapés para deslizarse, desapercibida, hasta la oficina de Marcos. Cogió el bolso que había dejado allí y, sin despedirse, salió sin que apenas nadie se diera cuenta.

Ya en la calle se dirigió al otro lado del bulevar para tomar un taxi.

El galerista la alcanzó antes de llegar a la parada. Sin decirle nada la miró con un brillo de incertidumbre en los ojos que ella captó de inmediato.

—Me he alegrado mucho de que me invitaras. Es un aniversario muy especial, y para ti un homenaje más que merecido. Se te veía pletórico entre los convidados y durante el discurso. No puedes imaginar cuánto agradezco tus amables palabras, pero estoy agotada. Ha sido un día largo y ya no sé si es el cansancio o la migraña, que me tienen agarrotada. Te felicito de nuevo y,

por favor, no te preocupes por mí y regresa. No deberías dejar a tus invitados desatendidos. Prometo llamarte para hablar más tranquilos.

—Te tomo entonces la palabra.

A la débil luz de la luna, Marcos la vio alejarse. El rumor de las hojas de los árboles amortiguaba el sonido de sus pasos. A medida que su figura disminuía en la distancia, la ilusión y la esperanza la agrandaban en su mente. Alentado, regresó a la galería con sus invitados.